años. Su cuerpo está aquí, en Nogent-le-Rotron, llamado de Béthune: tambien està el de la muy alta é ilustre señora Rachel de Colhefitet, su esposa, que murió á la edad de noventa y siete años, en 1659."

Los restos de Sully no están ya en aquel sepulcro: el vandalismo revolucionario pasó por allí! Pero aun se ve en la plaza pública el sarcòfago que los contenia, y es una de las curiosidades del departamento de Eure-et-Loir, un trozo digno de fijar la atencion de los artistas.

Un monumento mas modesto, una simple pirámide se levanta en los llanos de Ivry, y se ve con gusto, á causa del recuerdo imponente que se une à ella.

Durante un viage que el príncipe Enrique de Prusia, hermano de Federico el Grande, hizo á Francia á fines del siglo XVIII, quiso visitar el monumento, y el duque de Penthièvre, en cuyo castillo de Anet estaba aquel alojado, le sirvió de guia. Luego que estuvieron junto al monumento, una pastora vestida de gala, que llevaba una canasta de flores, se adelantó hácia la concurrencia y ofreció ramos á todo el mundo: despues presentó al príncipe estrangero un ramo de laurel..... Entónces Enrique de Prusia, tan modesto como ingeniosamente inspirado, se llegó á la pirámide y depositó sobre el zócalo aquel símbolo del heroismo.

---

# DREUX.

El territorio de Dreux estaba antiguamente ocupado por los *Durocasses*, poblacion de los galos que formaba parte de la confederacion de los *Carnutes*. Del nombre de esta poblacion se formó el de la villa moderna.

Entre los Durocasses en el centro de las Galias, en las profundidades de un estenso bosque, era donde se reunia el tribunal supremo de los Druidas. Allí una temible aristocracia pronunciaba sus decretos en medio de prácticas à veces sangrientas y siempre llenas de un misterioso horror. En su presencia eran discutidos los grandes intereses de la patria y arreglados por su influencia.

La civilizacion romana no penetró en aquellos lugares salvages sino desmontándolos. Abrió allí un camino militar que atravesaba toda la provincia y conducia hasta el Oceano. Hoy un camino real que parte de la



capital, sigue al principio la misma direccion hasta Verneuil y de ahì se separa y va á dar á Brest.

El parisiense que va á Bretaña descubre primero el espectáculo de una campiña muy boscosa. No léjos de Dreux queda un bosque con el mismo nombre, y mas cerca de la villa el bosque de Yon; mas adelante los de Couture, Merville y Saint-Remy. Estos bosques y otros muchos que se estienden en un radio de diez ó doce leguas y que evidentemente han sido separados por la mano del hombre, atestiguan todavìa cual fué el estado primitivo del suelo.

Despues de haber recorrido una distancia de ocho miriámetros, atravesará el Eure el viagero y se presentará á su vista, en un fértil valle, la graciosa villa de Dreux, rodeada casi enteramente por el Blaise, cuyas aguas distribuidas en diferentes canales circulan por las casas, manteniendo en ellas la frescura y bienestar. La villa ha sufrido varias transformaciones: á las chozas de los galos succedieron las construcciones romanas, cuya solidez parecia desafiar al tiempo, y que fueron derribadas por la barbarie; despues fueron levantadas, al abrigo de un castillo protector, las humildes moradas de los pecheros de la edad media, defendidas por una faja de murallas almenadas y flanqueadas de torres.

En este estado quedó sometida á las vicisitudes del régimen feudal, pasando sucesivamente bajo la autoridad inmediata de los duques de Normandía, de los condes de Vexin, despues de los Normandos, y finalmente de los condes de Chartres. En el siglo XII la ocupaban estos; los duques de Normandía pretendian tener derecho á ella, y construyeron el castillo de Tilliers para amenazarla. Los caballeros de los dos partidos desplegaban incesantemente sus banderas, y miéntras desolaban los unos las fronteras de Normandía, ensangrentaban los otros las riberas del Blaise.

Un príncipe normando, Ricardo II, ecsacerbando estos males, convidó á los bárbaros del Norte á tomar parte en el pillage y la matanza. Ya remontaba el Sena una multitud de barcas cargadas de suecos y de noruegos. La Francia entera estaba en alarma, cuando el rey Roberto alejó á aquellos huéspedes peligrosos, negociando la paz entre los dos rivales.

La tierra de Dreux permaneció en poder del conde de Chartres, quien mas adelante la cedió al rey su señor. Un príncipe de la sangre, Roberto, tercer hijo de Luis el Gordo, la recibió en señorío. Aquel era el tiempo de sangrientas luchas entre Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon, y de las diferencias entre la clase media y sus señores. La guerra hacia destrozos en el esterior, y en el interior pesaba la servidumbre; por todas partes la ruina, las depredaciones, la miseria. Nuestra villa cayó en poder del bilioso Ricardo, quien la incendió sin piedad.

Este suceso puso el colmo al resentimiento que la casa de Dreux abrigaba contra la raza anglo-normanda. Jamas dejó pasar ocasion de atacarla, jamas entró en el consejo de los reyes sin lanzar allí un grito de guerra contra aquel objeto de su constante odio.

Felipe, hijo de Roberto y obispo de Beauvais, señaló entre todos su encarnizamiento. La Normandía entraba en inquietud cuando él se presentaba en sus caminos con los buenos caballeros de Dreux.

El rudo prelado acostumbraba arrojarse en medio de la refriega armado de una pesada maza, de la que se servia para machucar á sus adversarios, *ne forté accusaretur gessise operam illicitam*, temiendo se le acusase de contravenir á las disposiciones de la Iglesia, derramando la sangre humana.

En Bovines, sobre todo, en aquella lucha del trono contra la ambicion de los grandes y la envidia de la Inglaterra, se mostró *buen guerrero y noble en el combate;* porque viendo á las milicias de Dreux huir en desórden delante de Guillermo Larga Espada, se lanzó sobre los ingleses, *dissimulato praesule*, y con un golpe de su arma terrible, lo hizo rodar por el polvo.

La sangre de que descendia ese valiente sacerdote, dió tambien el ser á una noble dama, que olvidó un dia la debilidad de su secso, como Felipe habia olvidado tantas veces su carácter sagrado. Esa señora era hija del conde Roberto II, hermano del digno obispo, y se llamaba Alix. Casada con Reynard de Choiseul, adoraba à su esposo y era tiernamente amada de él. Su felicidad causaba envidia á Valeran de Corbie, cuya alianza habia desdeñado la casa de Dreux. Arrastrado de su rabioso zelo Valeran, no vaciló en calumniar á la jóven castellana, y llevó contra ella á la corte de Felipe Augusto una acusacion de adulterio. Escogió para hacerlo, el momento en que Reynard andaba en guerras lejanas. Por aquella época solo el acero lavaba las injurias y justificaba la inocencia; así es que Alix quiso hacer triunfar la suya con el acero; mas su tierna solicitud evitará un peligro á aquel á quien ama mas que à su vida. Ciñe, pues, una espada y disfrazándose bajo la armadura de su esposo, desafia à Valeran en nombre de Reynard III. Toda la corte presenció aquella lucha de una jóven con uno de los mas rudos caballeros del reino. La dama de Choiseul dió muerte á su adversario; pero en seguida sucumbió ella en fuerza de las heridas mortales que habia recibido durante el combate, y hasta entónces fué cuando se conoció cuál era la mano que habia castigado al calumniador.

De esta heroina salió la ilustre casa de Choiseul. Uno de sus hermanos, Pedro Mauclerc, llegó à ser duque de Bretaña y fué el tronco de una familia cuya grandeza igualaba á la de los reyes.



Al lado del poder de los señores, y á su despecho, iban creciendo las fuerzas del estado llano, y con este acrecentamiento de fuerza venia á los villanos la pretension, entónces monstruosa, de tenerse en algo. Roberto I les manifestó los sentimientos de equívoca filantropía que han sido se-

ñalados como el mas bello título al reconocimiento del pueblo. Otorgó, ó mas bien, vendió una carta de franquicias comunales á los habitantes de Dreux. Tuvo la villa una magistratura municipal compuesta de un *maire*, doce pares de la clase media y cuarenta consejeros. Pero á poco esta carta vino á ser causa de cuestiones entre los plebeyos, que habian tomado á lo serio su emancipacion, y los señores para quienes aquella medida no era mas que el ensaye de un nuevo modo de esplotacion. Desgraciadamente para estos, necesitaban sin cesar la plata y los brazos de aquella canalla que se habria pasado muy bien sin ellos: tenian, pues, que transigir con ella y hacer nuevos juramentos. La historia de Dreux ofrece varios ejemplos de convenios semejantes. El conde renunciaba á los tributos arbitrarios y á las violencias tiránicas, y los plebeyos se obligaban à guardar y defender el castillo, á dar cierto número de hombres armados y de cuadrigas en caso de guerra. Con frecuencia añadian à estas estipulaciones una suma de dinero, que en el ánimo del señor era un nuevo atractivo para renovar su perjurio. Todos los pretestos eran buenos. Roberto IV imaginó uno muy usado en nuestros dias por los gobernadores

de la Lituania contra la bolsa de los judíos, raza sin proteccion entre los Slavos, y que recordaria á la clase del estado llano de la edad media, á no ser por su actitud humilde y degradada. Acusó á sus vasallos de haberlo insultado à él, á su madre y à sus gentes, y pidió indemnizacion de daños y perjuicios, como se diria en el foro, confiscando en garantía los privilegios de la villa. Los plebeyos se indispusieron; pero habiendo hecho el castillo una demostracion hostil, fué preciso ceder. *Roberto*, dice la carta que intervino, *les perdonó las injurias y las echó en olvido mediante una suma de ochocientas libras tornesas.* Esta espresion, *las echó en olvido*, inserta en un documento firmado por el conde, es de notable candor.

No se limitaron á esto las tribulaciones de los pobres plebeyos: ellos se habian comprometido á defender la villa. El señor pretendió que no se trataba solo para ellos de presentarse en las trincheras en caso de ataque, sino que por cuenta de ellos se habian de proporcionar todos los medios materiales de resistencia. En 1274 las murallas estaban en ruina, y quisieron que no, los plebeyos tuvieron que reedificarlas à sus espensas, componer los fosos y construir nuevas puertas.

En este estado fué vendida la villa al rey Cárlos V por los herederos de Roberto V, último príncipe de la rama mayor de Dreux. Cárlos VI la cedió á la casa de Albret; Catalina de Médicis la obtuvo á título de arras; en fin, erigido el pais en ducado con dignidad de par, fué dado á Francisco de Francia, duque de Alenzon.

Estalla la guerra entre los protestantes y los católicos: los dos partidos miden sus fuerzas por primera vez cerca de Dreux. Estos eran mandados por el condestable de Montmorency, el dûque de Guisa y el mariscal de San Andres; aquellos tenian por gefes al príncipe de Condé y al almirante de Coligny. Los disidentes, viniendo de Chartres, se encaminaban hácia la Normandìa para recoger un refuerzo de 2.000 hombres que les enviaba la reina de Inglaterra. Los católicos que salieron de Paris con objeto de impedir esta reunion, pasaron el Eure en Méziéres y tomaron posicion á la entrada de un vasto llano que se estiende al Sur entre el álveo del Eure y el del Blaise, apoyàndose á la derecha en la aldea de Marville-le-Brulé, y á la izquierda en la de Boulaye. Su ejército se componia de 17.000 hombres de infanterìa y 2.000 caballos: llevaban tambien consigo 22 piezas de artillería. Los protestantes tenian una infantería ménos numerosa y una caballería superior; les faltaba artillería.

El príncipe de Condé, viendo que no podia avanzar, tomó la iniciativa del combate lanzando su caballería contra los suizos. Montmorency hizo avanzar inmediatamente à su cuerpo de batalla para sostener el choque; pero los soldados del prìncipe cargaron con tal impetuosidad, que no pudo



contenerse ante ellos. La ala derecha y parte del centro de su ejército fueron rotos, dispersados sus soldados y él mismo, desmontado en la refriega, cayó en poder del enemigo.

Los protestantes no dudaban de haber alcanzado la victoria. Los que se habian abierto paso por las filas del ejército realista y estaban ya á su retaguardia, comenzaron á robar los bagages.

Entretanto la ala derecha mandada por Guisa, que no habia comenzado sus operaciones, hizo primero una demostracion que obligó á los saqueadores á abandonar su presa y correr á unirse á su cuerpo de batalla, lo que ejecutaron pasando segunda vez sobre los suizos. Estos valientes montañeses volvieron á formar, y aunque reducidos á un tercio de su fuerza, conservaron firmes su puesto. Guisa mandó entónces dar el toque de carga, gritando à los suyos: «Ahora, amigos, marchemos; ellos son nuestros!" Y dirigiéndose à la infantería francesa, compuesta de protestantes, la empujó como á un rebaño tímido, echándola sobre la caballería. Esta, fatigada por los combates precedentes, sostuvo débilmente los esfuerzos de la gendarmería del rey. Privada de su valiente gefe, quien desmontado, lo mismo que el condestable, habia tenido igual suerte, perdió la esperanza de vencer.

Sin embargo, el almirante Coligny, primer lugar-teniente de Condé, la reunió y rechazó con vigor á los católicos que la estrechaban de cerca. En una de estas cargas fué hecho prisionero y despues muerto à sangre fria, el mariscal de San Andrés. El duque de Aumale, hermano de Guisa, sacó el brazo roto. La noche puso fin al combate que habia comenzado desde medio dia.

Tal fué la batalla de Dreux, ó por mejor decir, esa serie de acciones empeñadas sin órden y concierto á una legua de nuestra villa, el 19 de Diciembre de 1562. La pérdida de los protestantes fué de ocho mil hombres; la de los vencedores fué mas considerable y recayó en lo mas florido del ejército.

Aun se distinguen al estremo meridional del bosque de Montmousses, algunos vestigios de los atrincheramientos que formaron allí los calvinistas precipitadamente. Los habitantes del lugar muestran á los viageros el valle de las Tumbas, inmensa barranca en que están sepultados los restos de los soldados muertos en aquella fatal jornada, y mas adelante una escavacion profunda que ellos llaman la fosa de San Andrés, donde acaso fué asesinado el mariscal, pero no enterrado. Sabido es que Guisa hizo llevar su cuerpo á Dreux y darle sepultura en una capilla de la iglesia de San Pedro. Hace poco se veia todavía su efigie pintada en la pared. El valle de las Tumbas fué durante mucho tiempo objeto de un re-